llamado Zariategui, adelantó por Castilla sin que hubiese quien la contrarrestase ó quien mirase con particular cuidado su venida. Así llegaron á ponerse estas tropas, atravesada Castilla la Vieja, cercanas á los lugares por donde confina con la Nueva y trataron de ocupar la ciudad de Segovia, célebre por su escuela de artillería; departamento muy principal de la misma arma; de algun nombre en la historia; defendida por muros aunque endebles y no hechos para resistir á la artillería, y poco distante del real sitio de San Ildefonso. Casi sorprendidos los soldados y habitantes de Segovia, se dispusieron sin embargo á defenderse, pero embistiendo los enemigos con brio, despues de una pelea viva, aunque breve, fué entrada Segovia y enarbolado en su alcazar el pendon de D. Carlos. Suceso fué este de gran magnitud en sí, y por sus consecuencias. Caia en las manos de los carlistas una capital de provincia, á corta distancia de la cabeza de la monarquía, un tanto fuerte, depósito de preciosos materiales para la guerra, y con ella caian prisioneros algunos útiles, soldados y personajes de nota, y esto ocurría hallàndose cercano á Castilla con crecido ejército D. Carlos, siendo el recien alcanzado triunfo obra de uno de sus tenientes, y conseguido por fuerzas á que apenas antes se habia atendido. Fueron por lo mismo grandes en Madrid el asombro, la pena, el miedo y la ira; y desatándose los partidos, con su acostumbrada imprudencia é injusticia en horas calamitosas y críticas, aumentaron el comun peligro y daño. Entonados é insolentes los carlistas, como quien canta victoria, provocaban la furia de sus enemigos. Los moderados ponderaban la desgracia ocurrida, de suyo no leve, y, encontrando en ella motivo para hacer cargos al gobierno, solo merecidos en alguna parte, no escrupulizaban poner en peligro el Estado por atender á la satisfaccion de su bando, y à su deseo de venganza y esperanza de provecho. Sin embargo, estos males no produjeron todo el que se debia esperar. Madrid se presentó resuelta à defenderse del enemigo que la amenazaba. Acudieron armados los milicianos nacionales, juntándose el escaso número de tropa que la capital contenia. Avino el comun peligro á gentes separadas entre sí por profundas y vivas desavenencias, pero acordes en su oposicion al pretendiente; y los mismos que por un lado, descaminándolos la pasion, debilitaban al gobierno y con él á la causa de la reina, por el lado opuesto, bien alumbrados por su interés, remediaban el mal que hacian. El peligro no era tan grave como se lo figuraban el temor ó el enojo, porque carecia Zariategui de poder bastante para hacer una tentativa contra la capital del reino, á no tener dentro parciales que le facilitasen la entrada. Fuese con la esperanza de encontrarlos y de aprovechar su ayuda, fuese para un alarde no del todo vano, pues realzaba el crédito y decoro de su causa y en la misma proporcion rebajaba la dignidad y el concepto del gobierno de la reina, resolvió enseñar á Madrid sus banderas paseándose orgullosas por los campos de sus cercanias. Saliendo pues de Segovia, ocupó á San Ildefonso y el real palacio, teatro en aquel mismo mes del año anterior de una lastimosa escena en que los españoles aparecian parciales del gobierno popular llevado al extremo. Trasponiendo en seguida las sier-

(c) 2008 Real Academia de Jurisprudencia y Legislación